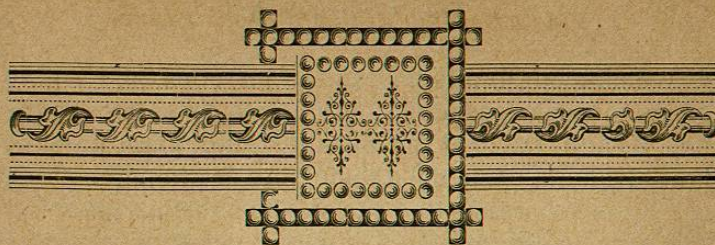


más de esto sacó la plana escrita de su mano con toda perfección y la mostró á su madre. Por eso no se admiraba la madre de Rosa, de que tuviera conocimiento su hija de los sucesos lejanos, por el mismo camino por donde había aprendido á leer y á escribir; esto es, por virtud y gracia del Espíritu Santo. El suceso más fausto para Rosa era el de su dichosa partida de este mundo al otro, del que tuvo noticia del modo que se dirá en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXIX

Rosa, sabiendo el día de su muerte por revelación divina, entra esforzadamente en la pelea de la última enfermedad, en la que sale siempre victoriosa.

CUAL sea tormento más penoso para el alma, ó saber de cierto el día y la hora de la muerte, ó ignorarle y temerle cada instante; es problema, aunque muy disputado entre los doctores, no resuelto hasta el presente. Verdad es que allí aflige el fatal decreto; pero aquí aprieta mucho las cuerdas el secreto de cuando ha de ser. Para sólo aquellos que son amigos de Dios, el morir es logro y ganancia, es descanso y es corona. Por eso dispensa el cielo con algunos, por especial privilegio, descubriendo el secreto del día y de la hora, y asegurando con el conocimiento las dichas eternas.

Los hijos de este siglo son los que tienen razón para temer, por lo mismo que mueren para el cuerpo y para el alma. Para los predestinados al día y la hora de la partida para la eternidad son momentos de felicidad

y de dicha; por lo mismo que son en ellos el término de las miserias pasadas y el principio de los goces eternos. De aquí nació el ser todos los años para Rosa de tanto gusto la fiesta del Apóstol San Bartolomé. Sabía con luces soberanas que en este día había de pasar del destierro de este mundo á la patria celestial, y así le celebraba más devotamente que otros y le festejaba con singular cuidado, y no contenta con ayunar ella sola su víspera, inducía á algunas niñas á que también la acompañasen ayunando esta vigilia. Merced á los desvelos de la virgen arraigó tan profundamente esta devoción en sus corazones, que no se eximieron de practicarla, aunque sabían que no estaban obligadas al ayuno; sin dar más razón que haberles enseñado Rosa á que ayunasen esta vigilia. Su madre curiosa y amiga de saber las razones por que su hija obraba, admirábase de ver que Rosa pusiese tanto empeño en dar á conocer el mucho afecto que tenía al Apóstol; y sospechaba que había algún misterio en esto. Se quietó cuando llegó á oír de la boca de la misma virgen, que este día en algún tiempo había de ser para ella de bodas, llamándola al florido tálamo el divino Esposo.

Tres años faltaban para que se llegase el tiempo en que había de morir la virgen, cuando rendida de una enfermedad peligrosa, parece que había llegado ya al último término de la vida. No había quien dudase que dentro de pocos días había de expirar; los de su casa la lloraban ya por muerta, dudando muchas veces si respiraba. Entre otros muchos hallóse presente en el mayor aprieto el Maestro Fr. Luis de Bilbao, y con voz clara comenzó á esforzarla con las palabras con que suelen ayudar á los que agonizan en el último término de la vida. Oía Rosa bañada en lágrimas y con gemidos tiernos, pero con quietud y buenos deseos los últimos consuelos que la proponía el Padre; persuadióla, cómo en aquella hora conviene, que fíase mucho en la misericordia divina, que pusiese en Dios todo el corazón; que se doliese de sus culpas y pidiese perdón de las

que por ocultas suelen dejar de confesarse; por no ser posible descubrirlas, por muy exacto que sea el examen de conciencia. Acomodándose la virgen á tan santas amonestaciones, sin hacerse mucha fuerza, porque era muy conforme á su espíritu, ya hacía actos fervorosos de contrición, ya daba tiernos suspiros, resignándose en manos de la voluntad divina, ya explicaba con anhelantes deseos y vivos actos de esperanza las ansias que tenía de verse en la patria celestial. Pero advirtiendo entre estos actos heroicos que los presentes la daban por muerta y la lloraban como á tal, y que su confesor penetrado el corazón con la herida del golpe fatal, que tenía por cierto, no podía detener las lágrimas, tampoco pudo ella contener el afecto de conmiseración y lástima, y así para consolar á todos habló á su Padre de espíritu y dijo: «No te rindas, Padre mío, al miedo que tan pesadamente solicita tu pecho, ataja esa avenida de tristeza que tan sin tiempo te aflige, y ten por muy cierto que no he de morir de esta enfermedad, aunque á vuestro parecer no pueda escapar del riesgo, ¡Ay de mí infeliz! más lejos está el término de mi carrera; llegaré á él con el tiempo, mas no ha de ser ahora. Y si no es que haya de morir dos veces, no puede ser en esta ocasión, porque está distante el día en que he de dejar el mundo; ni hay fundamento para entender que sea voluntad de mi divino Esposo que haya de morir dos veces.» No acababa el Padre confesor de admirarse, viendo la seguridad y confianza con que pronunciaba esto la virgen, que sabía muy bien que no solía hablar temerariamente, y que no se atreviera, si no estuviera bien certificada, á decir que no había de morir por entonces; siendo tan oculto al saber humano, si no tuviera especial revelación que la asegurase.

Se acercaba Rosa al año 32 de su vida, que sabía por revelación divina no había de acabar. Cuatro meses antes que muriese, estando sana y robusta, habló á la mujer de D. Gonzalo en esta forma: «Has de saber, ma-

dre mía, que de aquí á cuatro meses he de hacer el viaje último, que es forzoso á todos los mortales, y esto es muy cierto. Los dolores de la última enfermedad serán atrocísimos, ellos me han de acabar la vida; el más crecido será el tormento insufrible de la sed, y así desde luego te pido por Dios y por caridad que me socorras en aquel último aprieto; acuérdate en aquella ocasión que te he tenido en lugar de madre, usa de entrañas piadosas como si lo fueras, y si te pidiere agua para templar el ardor de las fauces y la sequedad de los intestinos, no me la niegues, porque será grande la necesidad que padeceré. Promete, madre mía, y dame hoy palabra, que no me has de dejar en aquel mortal incendio de la sed, sin darme agua cuando yo la pida.» Atónita con estas palabras la matrona y mirando atentamente a la virgen, y advirtiendo las veras con que lo decía y la humildad y rendimiento con que se lo rogaba, le dió palabra con sencillo afecto de darle agua cuantas veces se la pidiese; causándole gran dolor que tan de cerca amenazase el día en que había de perder á Rosa.

Con no menor certeza había un año antes de su muerte declarado Rosa á la misma matrona el lugar en que había de acabar la vida. Estando una tarde en plática espiritual, súbitamente la interrumpió, fuera de lo que acostumbraba. Llena de alegría sobrenatural y con señas de gran regocijo interior, dijo estas palabras: «Quiérote dar una noticia, madre mía, y es que no he de pagar á mi Dios la común deuda de los mortales en otra parte alguna. En esta casa, en este lugar he de morir, y aunque veas que la última enfermedad me acomete en casa de mis padres, no dudes que aquí y no allí he de librarme de las prisiones de la mortalidad. Desde ahora te conjuro por todas las leyes del amor que me tienes y del afecto con que te correspondo, que en acabando de expirar no fies de otras mujeres el piadoso oficio de amortajarme y componer mi cuerpo en las andas; sólo tú y mi madre han de tomar

este cuidado, así te lo ruego por amor de Dios; á vosotras solas dejo este último obsequio de misericordia cristiana; así lo pido con todo rendimiento, si algo valen contigo mis súplicas.»

En la célebre visión de los arcos celestes, referida en otro lugar, el Salvador, delante de un ejército resplandeciente de espíritus angélicos, reveló á la virgen todo el orden de dolores, con que determinaba la providencia soberana apurar su paciencia, pesar su valor y disponerla, para que después gozase inmortalidad bienaventurada; y que habían de ser tan agudos, crueles y de modos tan diversos, que cuantos hasta allí había experimentado comparados con estos pareciesen ningunos; sin merecer nombre de penosos ni poder compararse con los que en la última despedida le estaban esperando. Diéronla á conocer en aquella visión maravillosa y peregrina que en aquel tiempo había de hallarse puesta como en un potro y que todos sus miembros habían de sentir particular tormento; sin que uno pudiese socorrer al otro ó participar lo que el otro padecía, aliviándole por este medio del sentimiento; que la sed que había de sentir en las fauces y en las entrañas áridas y secas sería muy semejante á la que obligó á dar gritos al Redentor, desangrado en la cruz; que los huesos habían de ser penetrados con ardores intolerables; y que en la complicación de tantas enfermedades que conjuradas contra su cuerpo, habían de combatirla, no se habían de observar el orden, ley ó intervalos que se advierten en otros enfermos; porque el conjunto de tormentos tan mortales no había de regirse por leyes naturales, sino por disposición y providencia sobrenaturales. Rosa, para no rendirse al miedo, ni rehusar la bebida de tan amargo cáliz, en la capilla del Santísimo Rosario, como en otro huerto de Getsémani, hizo su oración, y con ardiente espíritu se resignó á la voluntad del eterno Padre, implorando el socorro de la excelsa Reina de los cielos, Madre de Dios sacrosanta.

En esta ocasión fué cuando más claramente supo por las revelaciones que la hizo María Santísima, que estaba muy cercano el día en que había de echarse á pechos y agotar el amargo vaso de hiel, con valor y brío. Sobrevino á la sazón, aunque muy acaso, Juan Tineo de Almansa, familiar en su casa, quien saludando con cortesía á la virgen, se encomendaba á sus oraciones; ella le rogó que hiciese lo mismo. Tenía encendido el rostro, arrojaba al parecer llamas, ocasionando esta mudanza en el rostro el coloquio que había tenido con la Reina del Rosario. Cuando pedía á Juan Tineo que le correspondiese con oraciones, introdujo tales razones, dichas de tal modo, que pudo entender el que la oía, que en aquel punto había tenido revelación manifiesta del día cierto y determinado en que había de morir.

Finalmente, tres días antes del fatal desmayo de la enfermedad, con que acabó su vida, fué Rosa la última vez á casa de sus padres, acaso para despedirse ocultamente de la celdilla antigua que tenía en el huerto, que fué sabedora de tantas delicias y regalos como allí la concedió el cielo; donde retirada la virgen, y juzgando que nadie la escuchaba, comenzó á entonar las últimas canciones precursoras de su muerte. La madre, sin que Rosa pudiese verlo, estaba acechando, y oyó á su hija dirigirse con tiernos cánticos amorosos á su P. Santo Domingo, al que suplicaba encarecidamente que mirase por su madre, María de la Oliva; repitiendo muchas veces que en breve tiempo, después de muerta Rosa, quedaría viuda y sola, y que así tomase á su cargo á la desamparada madre, pues al fin la había de adoptar por hija suya. Gran horror y sobresalto ocasionó en ella misma el secreto que había escuchado; pero disimuló por entonces, juzgando que no iba tan de veras y que todo aquello debía ordenarse á desahogar alguna impresión melancólica con los ecos de la música. Después de tres días, que fué primero de Agosto, llegó á comprenderse que no eran imaginación poética y fin-

gida los himnos que cantó aquel cisne; ó por mejor decir, los trasportes de júbilo con que celebró su próximo triunfo.

El día primero de Agosto por la tarde se había retirado Rosa sana y fuerte y cerrado en la soledad de su aposento, esperando allí con ánimo invicto los últimos dolores, que ya Dios le había pronosticado, cuyos tristes preludios había comenzado á sentir; cuando de repente, cerca de la media noche, la oyeron dar quejas, voces y alaridos lastimosos. Acudió á los gritos la mujer del contador con sus hijas y sus criadas; halláronla tendida en el suelo de largo á largo; el cuerpo yerto y sin movimiento; sólo el palpar del pecho, la respiración apresurada, la voz ronca y desmayada daban testimonio de que permanecían en la virgen algunas centellas del calor vital. Turbada la matrona con tal espectáculo, preguntaba con instancia dónde le dolía, qué la afligía más y cuál era su enfermedad. Mas Rosa, como estaba ya tan debilitada y rendida, no pudo responder cumplidamente. Sólo dijo haciendo pausa en las palabras: «Que mal ninguno tenía; pero que la misma muerte apoderada de los más retirados senos de las entrañas, enseñoreaba libremente todo su cuerpo.» Volviendo á preguntarle si llamarían al médico para que aplicase remedio y medicina, respondió: «Al del cielo», y no habló otra palabra.

Levantándola del suelo y echándola en la cama, no podía estar quieta, ni podía moverse; era su frente pálida una fuente de sudor frío, luchaba la respiración, como si un gran peso la oprimiera el pecho. Solamente sentía algún alivio, mientras que desahogado el aliento con suspiros, pronunciaba el dulcísimo nombre de su Esposo Jesús. Apenas amaneció llamaron á los confesores los que al punto vinieron á asistirle; admirándose de ver en Rosa un simulacro vivo y mudo de todos los dolores. También vinieron los médicos, quienes conocida la complicación de opuestas enfermedades, no sabían qué decir, mirándose unos á otros; sólo afir-